

ACOMPañAMIENTO A PERSONAS ENFERMAS



Iglesia Evangélica
del Río de la Plata

MATERIAL DE APOYO PARA LOS PROMOTORES PASTORALES

MATERIAL EDITADO POR LA PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MONTE GRANDE, BUENOS AIRES, ARGENTINA (2005)
REVISIÓN Y ACTUALIZACIÓN : ÁREA DE COMUNICACIONES DE LA IERP - DICIEMBRE DE 2022

¿Cómo acompañar a las personas enfermedas?

Introducción:

La comunidad no puede desentenderse de la experiencia del sufrimiento, la enfermedad, o muerte de las personas. Debe hacerse presente, de forma particular, mostrando la fuerza humanizadora y salvadora de Cristo. La comunidad ha de estar al servicio gratuito y desinteresado del enfermo.

La comunidad debe esforzarse por acompañar la persona enferma en el proceso de su enfermedad para ofrecerle lo que, tal vez, no recibe de la asistencia sanitaria y social y que, sin embargo, necesita para vivir con sentido y esperanza las diferentes fases de la enfermedad, para luchar dignamente por su salud o para acercarse a la muerte con esperanza. Vamos a dedicar el tema a profundizar en el acompañamiento de este tipo de situaciones, para brindar elementos a fin de que la experiencia de la enfermedad pueda ser vivida como una experiencia de Gracia de Dios.

a) El mundo de la persona enferma:

Caer enfermo es entrar en un mundo diferente. La enfermedad plantea al hombre serios problemas en planos muy diversos. En el plano físico, la enfermedad es un acontecimiento que se impone: fatiga, dolor, embotamiento.

La enfermedad bloquea al hombre a pesar suyo, invade la conciencia, domina y esclaviza la voluntad, amenaza con destruir lo que se tiene y lo que se es. Una extraña sensación se apodera de uno mismo y surge la sensación de que "mi cuerpo está contra mí".

También la relación con los demás se transforma. La enfermedad lleva al enfermo a presentar una atención exclusiva, a refugiarse sobre sí mismo, a sentirse como si fuera el único en sufrir. Se estrecha su horizonte: una habitación, unos movimientos, unos pocos gestos. Se percibe a sí mismo como una carga para los demás.

Quizá incluso debe ocurrir que ser ayudado en todo: comer, cambiarse, satisfacer sus necesidades más elementales. Se siente en una situación de dependencia que modifica profundamente la relación que antes tenía con los otros: ahora se encuentra siempre en el lugar del que recibe. En muchos casos, la comunicación con los demás se hace difícil; a veces, se falsea o se desaprovecha.

“Los que vienen a verme, hablan cosas sin importancias” (Sal. 41,7).

El enfermo palpa la fragilidad de su ser, que hasta ahora creía firme y seguro; le ronda la idea de la muerte; acecha quizás la rebeldía; vuelve una y otra vez parecidos interrogantes ¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Qué habré hecho yo?

b) Claves para ayudar a la persona enferma: Su enfermedad como experiencia de Gracia.

Para vivir sanamente el proceso de su enfermedad y de su muerte, cada enfermo necesita la ayuda y el apoyo de alguien que sepa acompañarle con un estilo de presencia nuevo: una presencia inspirada y dimensionada por el amor; una presencia que sabe adaptarse a cada persona, respetándola profundamente en su historia, su creencia, etc.; una presencia que le ayude al enfermo a echar mano de sus recursos curativos, a liberarse de todo aquello que le angustia y hace sufrir; una presencia que sea capaz de reavivarle las ganas de vivir y le permita encontrar el “sentido” a cuanto le pasa, convivir con su enfermedad, asumir serena y cristianamente lo incurable y la muerte.

La primera ayuda al enfermo es luchar con él contra el dolor, quitarlo si es posible, o al menos aliviarlo y mitigarlo. Entra dentro del plan providencial de Dios el que el hombre luche ardientemente contra cualquier enfermedad y busque solícitamente la salud para seguir desempeñando sus funciones en la sociedad y en la Iglesia. Los médicos y todos los que de algún modo tienen relación con los enfermos han de hacer, intentar y disponer todo lo que consideren provechoso para aliviar el espíritu y el cuerpo del enfermo.

Otra ayuda, no menos importante, es compartir con los enfermos la nada fácil tarea de vivir su dolor sanamente, afrontando con realismo, asumirlo conscientemente, apropiarse de él e integrarlo beneficiosamente en su existencia, conferirle un sentido, llenarlo de amor y vivirlo en esperanza.

Pero, ¿cómo prestarle esta ayuda al que sufre? No es fácil. No sirven las recetas prefabricadas. Cada persona es irrepetible y su existencia es personal y singular.

Veamos algunas claves para realizar esta delicada misión.

- **Acercarnos a la persona enferma**

Ante todo, no lo hacemos por pura sensibilidad social ni por filantropía, sino que somos enviados por Jesús y sostenidos por la convicción de que, en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, si sufre un miembro, todos los demás sufren con él (cf. I Cor. 12, 26).

Nos debemos acercar, ya que no se puede ayudar a quien sufre a distancia. Hay que acercarse y adentrarse en lo que está viviendo, movidos por la compasión y el deseo de consolar, alentar y servir de apoyo. Es preciso hacerlo sin prisa, con todo y con respeto, sin paternalismo, dejando y facilitando que el enfermo sea protagonista.

La solidaridad tiene un poder curativo: activa y hace presente al que sufre el amor de los hermanos/hermanas y de Dios. Las horas de soledad para la persona enferma son demasiado largas. Las acortan tan sólo la cercanía y el calor humano de quien se acerca para visitarlo.

- **Acompañarle en su camino**

El camino que cada persona enferma recorre generalmente es largo y costoso y pasa por múltiples y variadas etapas y momentos de ánimo. Hay que acompañar en su camino, respetar su ritmo, ofrecerles lo que necesitan en cada situación.

Acompañar significa mostrar cercanía, confianza y amor; preocuparse por todo sin preocupar a quien sufre; conmoverse sin compadecer (tener lástima); aguantar sus rarezas sin incomodarse; hacerle el bien sin crear dependencia; infundir ánimo, fuerza y esperanza; estar disponible sin imponer.

Cuando estamos con personas que sufren, suele resultar evidente que es muy poco lo que podemos hacer para ayudarlas, fuera de estar presente, de caminar junto a ella como el Señor caminó junto a nosotros. Esto nos resulta frustrante porque no nos gusta ser «reparadores». No sólo queremos controlar nuestro destino sino también el de los demás. Por eso nos produce frustración cuando lo único que podemos hacer por los que sufren es estar presente para ellos, orar por ellos, convertirnos; en afecto, en un signo silencioso de la presencia y el amor de Dios”.

- **Escuchar a la persona enferma**

La persona herida encuentra alivio cuando tiene la oportunidad de contar y compartir lo que lleva en su interior. Dejar que afloren las angustias escondidas, las esperanzas frustradas; supone un respiro interior para el que sufre.

No es fácil escuchar. Se requiere sensibilidad, capacidad para sintonizar, saber leer lo que el otro nos dice con sus palabras y, sobre todo, con sus silencios, sus gestos, su mirada. Escuchar es un arte. Hay que aprenderlo y adiestrarse en él, y en esto el Maestro es Jesús.

Saber escuchar exige ponerse en el lugar del que sufre, acoger su historia personal, percibir el impacto que el sufrimiento tiene en cada persona, saber implicarse pero sin caer en el pozo del sufrimiento, mantener la justa distancia que permite seguir siendo uno mismo, conservar la autonomía y la claridad para poder ayudar.

¿Qué significa escuchar, estar a la escucha? “Escuchar es ante todo una actitud. Es tratar de comprender al otro con sus sufrimientos, sus deseos y su esperanza, sin juzgarle ni condenarlo.

Escuchar es hacerle ver al otro/la otra su valor para darle vida y ayudarlo a tener confianza en sí mismo. Escuchar es prestar atención no solamente a las palabras, sino también al cuerpo, al lenguaje no verbal: su cuerpo, sus lágrimas, sus tristezas, sus

sonrisas, sus caricias y sus gritos de rabia. Hay que estar atento a ese lenguaje sencillo y concreto para captar los sufrimientos y las penas del otro, sus deseos y sus esperanzas, sus límites, sus heridas interiores.

Escuchar es estar abierto y disponible con el otro para acoger lo que quiere dar, a veces todas sus rebeldías y tinieblas, pero también toda la belleza de su corazón.

Pero esta escucha, esta proximidad no siempre son fáciles. Pueden hacer tambalear nuestras seguridades. Escuchar atentamente al otro es captarle en el interior de sí mismo, comprender y amarle; es confiar en la vida que hay en él (Jean Vanier).

- **Comprender y acoger**

La acogida y comprensión de las reacciones de quien sufre es un medio terapéutico que alivia el peso del corazón herido. Por el contrario, la incomprensión constituye un dolor sobreañadido para quien está sufriendo y se queja. Cuando actuamos así nos convertimos para quien está sufriendo, en consoladores/as inoportunos/as y falsos, como los amigos de Job, que, en lugar de llevar alivio y paz, provocan su irritación y le sublevan contra todos. Frente a los desahogos de quien culpa a Dios por los sufrimientos, muchos se sienten llamados a salir en defensa de Dios.

El cardenal Vévillot, después de largos sufrimientos, confiaba a un sacerdote cercano: “Sabemos decir bellas frases sobre el sufrimiento, yo mismo he hablado con calor. Decid a los sacerdotes que no digan nada”

Las palabras y frases hechas del tipo “Ánimo”, “resignación”, entre otras, son palabras inútiles cuando hay dolor. No sirve para nada. Dice más el silencio de quien acompaña con cariño y respeto que los consejos, razones y explicaciones racionales. “Vinagre en las llagas es cantar coplas en el corazón apenado” (cf. Prov. 25, 20).

Dios se hace, muchas veces, silencio en los momentos de dolor, como en el momento de la cruz de su Hijo.

- **Fomentar en el enfermo actitudes y comportamientos sanos**

El enfermo puede adoptar ante el sufrimiento que le aqueja actitudes y comportamientos positivos y fecundos o negativos y estériles. Unos le permitirán afrontar y vivir el dolor de forma constructiva. Otros, por el contrario, harán más insoportable y destructivo el dolor.

Pedagogía para asumir el dolor:

1. Alimentar una actitud de realismo. No somos los únicos en sufrir.
2. Aceptar que somos limitados y limitadas.
3. Recordar el estímulo ejemplar de otros enfermos y otras enfermas.
4. Usar los medios normales: medicamentos, ratos de descanso, contacto con la naturaleza.
5. Fijar la atención con el presente e intentar vivirlo. “No te preocupes por el mañana”.
6. Orar.
7. Compartir con Cristo el dolor.
8. Descubrir la misteriosa presencia del Señor, acompañante excepcional y fiel.
9. Aceptar la realidad.
10. Confiar en Dios y abandonarse en sus manos.

Ayudarle a purificar la relación con Dios

Desde la premisa: que la enfermedad sigue siendo un camino difícil de encuentro con Dios. Los cristianos comprendemos que en el medio del sufrimiento puede manifestarse una ocasión para la maduración y el ahondamiento de la experiencia de Dios. Así le sucedió a Job. Sólo el sufrimiento, con el ocultamiento y la ausencia de Dios que ha supuesto, le permitió encontrarse con el misterio de Dios y confesar: “Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos” (cf. Job. 42, 2-6).

Por el sufrimiento, cuyo nombre cristiano es la “cruz”, dentro del plan de Dios”.

En el corazón del dolor nos espera siempre el amor de Dios. Un Dios que sufre con nosotros para que nosotros aprendamos a amar con Él y como Él. No debemos esperar a la enfermedad para vivir la dimensión de la cruz en nuestra vida. Debemos prepararnos y abrir nuestro corazón a la “sabiduría de la cruz”.

• Implicar a la comunidad:

El pueblo de Dios es un pueblo de hermanos que tiene un mismo Padre. Esta fraternidad desemboca en otra, también profunda y santa: la fraternidad con todos los hombres y mujeres.

El término “hermanos” exige una experiencia común, un testimonio comprometido en la enfermedad, en la alegría, en el fracaso. Así los múltiples desafíos del dolor son una llamada a la comunidad que debe ser consciente de que cada vez que uno de sus miembros está herido, todo el organismo sufre. “Porque el cuerpo no es un miembro, sino muchos (...) si un miembro sufre con él sufren todos los miembros” (cf. 1 Cor. 12, 26).

Una de las grandes ocasiones para testimoniar que la comunidad es el de la comunidad de amor, la que ofrece la enfermedad de uno de sus miembros, durante la cual, los lazos que vinculan a una y a otro (comunidad y enfermo) no sólo no se rompen, sino que adquieren

un sentido nuevo que debe ser robustecido por el amor, pues, como dice el Apóstol, padece un miembro, todos padecen con él.

La comunidad atenderá las necesidades de los enfermos sin ningún tipo de discriminación y alentará la promoción de la pastoral de la salud y fraternidad de enfermos, ya que son éstos los que, por sintonizar de manera más directa con otros enfermos, podrán realizar, una gran labor pastoral en este campo. De este modo será patente que una comunidad es abierta a las necesidades de todos los hombres y las mujeres.

La visita a la persona enferma:

- Para la visita a la persona enferma hay que buscar las horas más oportunas para él y la familia. Tanto en las instituciones como en domicilios.

- No llevar medido el tiempo para la visita. Dar a la misma el tiempo que requiera la persona enferma. Actuar con sencillez y naturalidad, evitando la excesiva confianza.

- La persona enferma tiene una sensibilidad especial para captar las motivaciones por las que se lo visita: “¿Compromiso social?”, “¿Por cumplir?” “¿Haciéndole un favor?” “¿Por compasión?”

- Estar atentos a las necesidades de la persona enferma, ya que pueden surgir durante la visita, necesidades fisiológicas de todo tipo que es necesario satisfacer. No violentar.

- A la persona enferma se le debe dar ocasión para que hable de su enfermedad, preocupaciones y temores.

- Mostrar interés sincero y delicado por su situación. Aceptar lo que dice sin ponerse a discutir, pero tampoco reforzar en lo que nos parece que exagera (por más o por menos).

- Hay que dejarlo que nos cuente hasta donde quiera. No obligarle ni presionarle para que nos diga más de lo que desea.

- No imponer el tema de conversación. No cansarlo con nuestra charla ni imponerle hablar de cosas religiosas a la fuerza.

Una de las grandes ocasiones para testimoniar que la comunidad es el de la comunidad de amor, la que ofrece la enfermedad de uno de sus miembros, durante la cual, los lazos que vinculan a una y a otro (comunidad y enfermo) no sólo no se rompen, sino que adquieren

un sentido nuevo que debe ser robustecido por el amor, pues, como dice el Apóstol, padece un miembro, todos padecen con él.

La comunidad atenderá las necesidades de los enfermos sin ningún tipo de discriminación y alentará la promoción de la pastoral de la salud y fraternidad de enfermos, ya que son éstos los que, por sintonizar de manera más directa con otros enfermos, podrán realizar, una gran labor pastoral en este campo. De este modo será patente que una comunidad es abierta a las necesidades de todos los hombres y las mujeres.

- Ante su presencia, no compadecernos ni tenerle lástima.

- Siempre animar y nunca engañar. Todo lo que se le dice que sea verdad. Decirle toda la verdad que él pueda aceptar y asimilar.

- Hablar sosegadamente. Porque tendemos a hablar mucho y en tono alto. Hay que ESCUCHAR ATENTAMENTE.

- Así como la cama es propiedad del enfermo y no se debe sentar en ella, así también hay que respetar los espacios personales.

- La visita no es para que nosotros vayamos a hablar y obligar al enfermo a escuchar. Es fundamentalmente, para que el enfermo tenga ocasión de hablar y que tenga oyentes acogedores.

- Lo que se ve y oye, lo que se habla en la habitación del enfermo es secreto. No se puede hacer comentarios.

- La visita ha de hacerse por amor al prójimo, con el amor de Dios. Con espíritu de total disponibilidad, de colaboración, no para sustituir la iniciativa de la persona enferma.

- Si es creyente, se ha de intentar a ayudarlo a progresar y madurar en la fe, en su situación de enfermedad. Si no es creyente, debemos seguir visitando con la misma disponibilidad.

- **Pasos en la Visita Pastoral**

¿Cómo llevar adelante una visita pastoral? ¿Qué decir, qué hacer, cómo presentarse? Veamos algunas sencillas indicaciones que pueden ayudarnos.

Debemos pensar cuál es nuestra función dentro del centro de Salud o lugar al que vamos a visitar al enfermo. Debemos tener en claro porque lo primero que la persona se va a preguntar es “¿Por qué viene a visitarme?”

Hay que permitir que nuestro visitado nos observe. Debemos colocarnos en un lugar en el que eso sea posible.

- Presentarse uno mismo, dando suficiente información para responder las preguntas.

- Crear un clima de hospitalidad preguntando cuestiones apropiadas que muestren interés, respeto y deseo de ayudar. Crear una comunicación basada en la confianza y en la apertura. Sentirse presente física y psicológicamente serenos, no – angustiados, transmitiendo paz y deseos de compartir. Respondiendo al contenido, a los sentimientos y al sentido que dan a sus palabras, de modo tal que se sientan escuchados y entendidos, reconociendo lo que no dicen con palabras.

- La empatía puede comunicarse no verbalmente.

- Hablar, yendo más allá de la simple respuesta:

- Manifestando lo que sentimos: “Me sentí muy triste cuando me dijiste tal cosa”

- Ofreciendo una indicación: “posiblemente deberías decírselo a...”

- Estructurando la solución a un problema: “¿Intentaste buscar otras alternativas?”

- Queriendo conocer sus sentimientos: “¿Cómo te sentís cuando ella te abandonó?”

- Queriendo conocer el contenido: “¿Qué es lo que le prometió?”

- Dando permiso: “Está bien llorar”. Es positivo abandonar las resistencias.

- Animando. “Yo creo que lo puede lograr”. “¡Ánimo!”

- Nombrando un momento sagrado: “Siento entre nosotros la presencia de Jesús”

- Resumiendo: “Parece que su familia, amigos, son de gran apoyo para usted...”.

- Nombrando un momento sagrado: “Siento entre nosotros la presencia de Jesús”
- Resumiendo: “Parece que su familia, amigos, son de gran apoyo para usted...”.
- Dando una bendición: “Que el Señor te bendiga”.
- Hacer algo, llevando a cabo alguna petición que se le haya hecho: como puede ser: orar.
- Capacitar para hacer: ofreciendo la posibilidad de ser útil, dando al otro el sentido de utilidad y participación en su ministerio, haciendo saber cuánto de su historia o su compartir nos ha impactado. Facilitando el ministerio entre los pacientes de una misma habitación o familiares.
- Estar allí: ofreciendo el apoyo de nuestra presencia.
- Decir adiós concluyendo nuestra visita, dejando abierta la posibilidad de estar dispuesto a retomar la comunicación.
- **Pautas de escucha**
 -
 - Mantener el contacto visual: Siempre hay que mirar a la Persona que comparte; la mirada debe sugerir: “Estoy aquí contigo, estoy a tu lado”
 - La postura del cuerpo debe ser relajada: confortable, cerca del otro pero no encima. Es importante mantener cierta distancia -espacio personal- de lo contrario es un modo de interrumpirlo con nuestro deseo de contacto físico.
 - La expresión facial debe ser de empatía y comprensión.
Nunca hacer gestos exagerados ni de expresión de dudas o de estar distraído.
 - Cuidar al máximo la expresión verbal: Nunca interrumpir o cambiar de tema. Estamos ahí para escuchar al otro. No hablar de lo que nos ha ocurrido a nosotros.
 - Saber escuchar en silencio con el otro. Estar presente en silencio para el otro es la escucha activa más eficaz que existe. (La que se hace con la boca cerrada).
El silencio siempre es fértil. Después de un momento de silencio siempre está más centrada e interioriza más.

- **Escuchar**

Hemos visto que la sola voluntad no alcanza para hacer una ayuda eficaz. Hemos mostrando algunos aspectos que, sin duda, se refieren a la disciplina de relación de ayuda.

- El fundamento metodológico de la relación pastoral de ayuda es la reflexión sobre la experiencia, como vivencia interpretada a la luz de la fe.

Es decir que escribir sobre los encuentros personales y luego, en grupo o personalmente, reflexionar sobre ello. Es fundamental, porque permite trabajar sobre sí mismo y hacer un camino de personal, de contemplación del misterio de la vida, de discernimiento y continuo crecimiento humano y espiritual.

- Escuchar es la necesidad más sentida de toda persona en sufrimiento, porque libera tensiones, disminuye la soledad, se crea un sentido de comunión.

- Es una disciplina teórico práctica donde se conjuga el análisis y la reflexión personal y grupal con las exposiciones teóricas del animador.

- Se utilizan entrevistas pastorales, evaluaciones de casos, con implicaciones humanas, éticas y pastorales, donde se intenta iluminar el proceso con citas bíblicas.

- Imprescindible partir de unas cualidades, aptitudes o destrezas como:

- La comprensión empática.
- La aceptación incondicional del otro/la otra.
- El respeto. La autenticidad. El amor o cordialidad.

Los requisitos necesarios están contenidos en un autoconocimiento, autoestima y autoaceptación.

El amor a los demás empieza por el amor a sí mismo.

Los estilos del voluntario en Relación de Ayuda, se observan en los modos como se atiende al enfermo. Dentro de esa dimensión relacional las intervenciones serían:

- De comprensión empática, donde la escucha y la comunicación se centra en los sentimientos y actitudes que derivan indirectamente de las palabras y gestos del paciente y son fácilmente deducibles por cuanto el paciente expone.

- De respeto: aceptación calurosa y sin prejuicios del paciente en su realidad presente.

Hemos visto que la sola voluntad no alcanza para hacer una ayuda eficaz. Hemos mostrando algunos aspectos que, sin duda, se refieren a la disciplina de relación de ayuda.

- De apoyo: cuya función tendrá dos objetivos: disminuir la ansiedad del paciente y darle “un empuje” para que pase una fase depresiva que le frena en su camino.

Esto no debe confundirse con un estado de ánimo fácil. Es elevar al paciente su nivel de estima y hacerle ver que cuenta con los recursos de una persona preparada para ayudarlo, además de sus propios recursos.

• **Situación de crisis y expectativa de la persona ayudada**

Según Luciano Ciam en “la relación de ayuda”, la persona necesitada de ayuda se encuentra en una dinámica que se puede sintetizar de la siguiente manera:

1- Está viviendo una Situación que le supone una dificultad concreta que conoce.

2- Este conflicto le genera Sufrimiento. Desde aquí es interpelado quien ayuda.

3- Este sufrimiento le produce sentimientos: miedo, ansiedad, culpa, angustia, etc.

La persona que se encuentra en esta dinámica, espera en un recorrido inverso:

1- Que quien ayuda comprenda los sentimientos que está viviendo y se los comunique

2- La persona ayudada espera que quien ayuda participe en ese sufrimiento empáticamente.

3- Que se examine con él las dificultades y que busque el sentido de su problema

4- Finalmente, la persona enferma -“no firme”- espera que quien ayuda le ayude a buscar pistas vitales para tomar una decisión o vivir de otra forma aquello que le hace sufrir.

• **Obstáculo para la escucha**

Se escucha a la otra persona cuando uno mismo se escucha. El hecho de tomar conciencia de los obstáculos es el mejor camino para mejorarla, por ejemplo:

- Ansiedad, apuro por saber cómo proceder, salir bien, etc.

- Superficialidad ante las pausas, el silencio prolongado.

- Distracción, perdiendo el hilo de la conversación y de la necesidad del ayudado.

- Pasividad, que nunca llega a confrontar sana y serenamente

Hemos visto que la sola voluntad no alcanza para hacer una ayuda eficaz. Hemos mostrando algunos aspectos que, sin duda, se refieren a la disciplina de relación de ayuda.

- La tendencia a Calcular: todo tiene que estar controlado, qué decir, qué callar.

- La tendencia a Juzgar, analizando todo con moralismo.

- La tendencia a predicar, recitar y por consiguiente, aburrir.

- La tendencia a Seleccionar tipos de enfermos, temas, tiempo, evitando confrontarlos con la realidad que asumiéndola hace madurar

Textos Bíblicos a tener en cuenta:

Mateo 11, 25 – 30:

En aquel tiempo Jesús respondió y dijo: “Te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó”.

“Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Nadie conoce bien al Hijo, sino el Padre. Nadie conoce bien al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.

“Vengan a mí, todos los que están fatigados y cargados, y yo los haré descansar. Lleven mi yugo sobre ustedes, y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para su alma. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”.

Salmos 103, 1 – 5:

"Bendice, oh alma mía, al SEÑOR. Bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, oh alma mía, al SEÑOR y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias, el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y de misericordia, el que sacia con bien tus anhelos de modo que te rejuvenezcas como el águila."

Santiago 5, 13 – 18:

"¿Está afligido alguno entre ustedes? ¡Que ore! ¿Está alguno alegre? ¡Que cante salmos! ¿Está enfermo alguno de ustedes? Que llame a los ancianos de la iglesia y que oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe dará salud al enfermo, y el Señor lo levantará. Y si ha cometido pecados le serán perdonados. Por tanto, confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros de manera que sean sanados. La ferviente oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho. Elías era un hombre sujeto a pasiones igual que nosotros, pero oró con insistencia para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Y oró de nuevo, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto."

Mateo 8, 1 – 17:

"Cuando descendió del monte, lo siguió mucha gente. Y he aquí vino un leproso y se postró ante él diciendo:

—¡Señor, si quieres, puedes limpiarme!

Jesús extendió la mano y lo tocó diciendo:

—Quiero. ¡Sé limpio!

Y al instante quedó limpio de la lepra. Entonces Jesús le dijo:

—Mira, no lo digas a nadie; pero ve, muéstrate al sacerdote y ofrece la ofrenda que mandó Moisés, para testimonio a ellos.

Cuando Jesús entró en Capernaúm, vino a él un centurión y le rogó diciendo:

—Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, y sufre terribles dolores.

Y le dijo:

—Yo iré y lo sanaré.

Respondió el centurión y dijo:

—Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo. Solamente di la palabra y mi criado será sanado. Porque yo también soy un hombre bajo autoridad y tengo soldados bajo mi mando. Si digo a este: "Ve", él va; si digo al otro: "Ven", él viene; y si digo a mi siervo: "Haz esto", él lo hace.

Cuando Jesús oyó esto, se maravilló y dijo a los que lo seguían: —De cierto les digo que no he hallado tanta fe en ninguno en Israel.

Y les digo que muchos vendrán del oriente y del occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera. Allí habrá llanto y crujir de dientes.

Entonces Jesús le dijo al centurión: Ve, y como creíste te sea hecho y su criado fue sanado en aquella hora.

Entró Jesús en la casa de Pedro, y vio que la suegra de este estaba postrada en cama con fiebre. Él le tocó la mano, y la fiebre la dejó. Luego ella se levantó y comenzó a servirle.

Al atardecer, trajeron a él muchos endemoniados. Con su palabra echó fuera a los espíritus y sanó a todos los enfermos, de modo que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías, quien dijo: Él mismo tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades.

Salmo 30, 2, 10 – 12:

"Oh SEÑOR, Dios mío, a ti clamé

y me sanaste... Escucha, oh SEÑOR, y ten misericordia de mí. SEÑOR, sé tú mi ayudador.

Has convertido mi lamento en una danza; quitaste mi vestido de luto y me ceñiste de alegría. Por eso mi alma te cantará y no callará. Oh SEÑOR, Dios mío, te alabaré para siempre."

Salmo 107, 1 – 6:

¡Alaben al SEÑOR, porque es bueno; porque para siempre es su misericordia! Díganlo los redimidos del SEÑOR, los que ha redimido del poder del enemigo y los que ha congregado de las tierras del oriente y del occidente, del norte y del sur.

Perdidos anduvieron por el desierto, en el sequedal; no hallaron camino hacia una ciudad habitada.

Estaban hambrientos y sedientos; sus almas desfallecían en ellos. Pero cuando en su angustia clamaron al SEÑOR,
él los libró de sus aflicciones.

Salmo 147, 1 – 11:

¡Aleluya! Ciertamente es bueno cantar salmos a nuestro Dios; ciertamente es agradable y bella la alabanza. El SEÑOR edifica a Jerusalén y reúne a los dispersados de Israel. Sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas. Cuenta el número de las estrellas; a todas ellas llama por su nombre. Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; su entendimiento es infinito.

El SEÑOR ayuda a los humildes pero a los impíos humilla hasta el suelo. Canten al SEÑOR con acción de gracias; canten con arpa a nuestro Dios.

Él es el que cubre los cielos de nubes, el que prepara la lluvia para la tierra, el que hace que las colinas produzcan hierba.

Da al ganado su alimento; y a las crías de los cuervos cuando gritan.

No se deleita en la fuerza del caballo ni se complace en los músculos del hombre. El SEÑOR se complace en los que
le temen.

Isaías 57, 18 – 19:

He visto sus caminos, pero lo sanaré. Lo guiaré y le daré consuelo, a él y a los suyos que están de duelo. Yo soy el que crea fruto de labios: ¡Paz, paz para el que está lejos y para el que está cerca!, dice el SEÑOR. Yo lo sanaré.

Lucas 22, 14 – 20:

Cuando llegó la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo:

—¡Cuánto he deseado comer con ustedes esta Pascua antes de padecer! Porque les digo que no comeré más de ella hasta que se cumpla en el reino de Dios.

Luego tomó una copa y, habiendo dado gracias, dijo:

—Tomen esto y repártanlo entre ustedes porque les digo que desde ahora[a] no beberé más del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios.

Entonces tomó pan y, habiendo dado gracias, lo partió y les dio diciendo:

—Esto es mi cuerpo[b] que por ustedes es dado. Hagan esto en memoria de mí.

Asimismo, después de haber cenado, tomó también la copa y dijo:

—Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre que por ustedes se derrama.

Jeremías 33, 6 – 9:

He aquí que yo les[a] traeré medicina y sanidad. Yo los sanaré y les revelaré tiempos de paz y de verdad. Restauraré de la cautividad a Judá y a Israel, y los edificaré como al principio. Los limpiaré de toda la maldad con que pecaron contra mí; perdonaré todos sus pecados con que pecaron y se rebelaron contra mí. Y esta ciudad me será motivo de regocijo, de alabanza y de gloria para todas las naciones de la tierra que oirán de todo el bien que yo les haré. Temerán y se estremecerán por todo el bien y por toda la paz que yo les haré”